

males eran otro motivo de estrañeza, y cuando el gallo cantaba, aquella sencilla gente palmo-teaba y preguntaba qué era lo que pedía.<sup>14</sup> Estaba su imaginacion tan trastornada con espectáculos tan nuevos, que ya no eran capaces siquiera de distinguir los hombres de los brutos.

Condujeron luego á Molina á lo habitacion del curaca, cuya entrada guardaban porteros, vi- viendo el dueño rodeado de fausto, y servido en vagilla de oro y plata. Lleváronle en seguida á recorrer varios parajes de la ciudad, y vió una fortaleza, de piedra que aunque de poca elevacion, cogia una grande estension de terreno.<sup>15</sup> Cerca de ella habia un templo, y las descripciones que hacia de él y de sus brillantes adornos de oro y plata, parecieron á Pizarro tan exageradas que comenzó á desconfiar de toda la relacion, por lo que para cerciorarse resolvió enviar al dia siguiente otra persona mas juiciosa y mas digna de confianza.<sup>16</sup>

Eligió para desempeñar esta comision á Pedro de Candia, el caballero griego que antes con-

se le quitaba la Tinta negra, i él Peru. . . . Ya esta el edificio des- lo hacia de buena gana, riendose, ta fortaleza muy gastado y des- y mostrando sus Dientes blan- hecho: mas no para que dexé de cos." Herrera, Hist. General, dar muestra de lo mucho que dec. 3, lib. 10, cap. 5. fué." Cieza de Leon, Crónica, cap. 4.

<sup>14</sup> Ibid., ubi supra.

<sup>15</sup> "Cerca del solia estar una fortaleza muy fuerte y de linda MS.—Herrera, Hist. General, obra, hecha por los Ingas reyes loc. cit.—Zárate, Conq. del Pe- del Cuzco y señores de todo el rú, lib. 1, cap. 2.

tamos entre los primeros que se manifestaron decididos á correr la suerte de su capitan. Fué á tierra armado de punta en blanco, como convenia á un buen caballero, con su espada en la cinta y su arcabuz al hombro. Quedaron deslumbrados los Indios al verle venir, y su presencia hizo en ellos aun mas efecto que la de Molina, porque los rayos del sol se reflejaban en su pulida armadura y hacian resplandecer sus arreos militares. Ya los que estuvieron en el buque les habian hablado mucho del formidable arcabuz y asi suplicaron á Candia "que le hiciese hablar." Eligió este por blanco un tablon, y haciendo detenida puntería disparó su arma. La llamarada de la pólvora, la detonacion del arma, y el ver caer la tabla hecha astillas, llenaron de terror á los naturales. Algunos cayeron en tierra cubriendose la cara con las manos, y otros se acercaron temblando al caballero; pero al ver la tranquila espresion de su rostro fueron deponiendo poco á poco sus recelos.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Añaden tambien que de- se á sus piés, haciéndole mal fies- seosos los Indios de cerciorarse tas. Los Indios mas asombrados de si el caballero español tenia que nunca, ya no dudaron de la algo de sobrenatural, le soltaron santidad del extranjero; y to- un tigre, ó mas bien un jaguar, mándole en brazos le llevaron en que tenian encerrado en la forta- triunfo al templo. Muchos es- leza. Mas D. Pedro, como buen critores contemporaneos refieren esta anecdota tan verosímil, sin cristiano, puso la cruz que lleva- la menor señal de desconfianza. ba al cuello sobre el lomo del animal, que olvidando al punto (V. Naharro, Relacion Sumaria, su natural ferocidad, vino á echar- MS.—Herrera, Hist. General,

Encontró allí Candia la misma hospitalidad que antes Molina, y sus descripciones de las maravillas de aquel lugar no iban en zaga á las de su predecesor. La fortaleza rodeada de una triple cerca de piedra, estaba defendida por una fuerte guarnición. El templo segun él le describía, estaba tapizado de planchas de oro y de plata, y á su lado habia una especie de convento destinado á las vírgenes esposas del Inca, quienes se mostraron muy deseosas de ver al caballero. No se sabe á punto fijo si llegaron á satisfacer esta curiosidad; pero Candia daba noticias de los jardines del convento, á donde entró, y los pintaba cubiertos de imitaciones de frutas y de plantas, todas de plata y de oro puro.<sup>18</sup> Tambien habia visto trabajar á algunos artesanos, cuyo único oficio parecia ser el fabricar estos suntuosos adornos para las casas religiosas.

Quizá las relaciones de este caballero eran algun tanto exajeradas.<sup>19</sup> Muy natural era que

dec. 3, lib. 10, cap. 5.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 54.—Garcilaso, Com. Reales, Parte 2, lib. 1, cap. 15.) A este último autor tal vez le referiria la anécdota el hijo del mismo Candia, con quien se crió en la escuela, segun dice.

18 "Que habia visto un jardín donde las yerbas eran de oro imitando en un todo á las naturales, árboles con frutas de lo

mismo, y otras muchas cosas á este modo, con que aficionó grandemente á sus compañeros á esta conquista." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

19 El Conquistador que hemos citado tantas veces en estas páginas, no parece estar muy de acuerdo con los informes del buen caballero, pues dice, que cuando despues entraron los Españoles

las muestras de civilizacion que encontraban en la costa del Perú, hiciesen una viva impresion en hombres que salian de un horroroso desierto, en donde habian estado sepultados seis meses. Tumbes era sin embargo una ciudad favorita de los príncipes peruanos, el punto mas importante de la frontera septentrional del imperio, y muy próximo á las provincias de Quito recientemente subyugadas. El gran Tupac Yupanqui habia construido allí una fortaleza, y llevado una colonia de mitimaes. Huayna Capac habia levantado el templo y el edificio que habitaban las Vírgenes del Sol, dotándolos liberalmente con la magnificencia propia de las casas religiosas del Perú. Varios acueductos conducian el agua á la ciudad, cuyo ameno valle y el océano que bañaba sus orillas, procuraban abundante sustento á una numerosa poblacion. Pero despues de la conquista, la codicia de los Españoles no anduvo remisa en despojarla de todas sus glorias, y menos de medio siglo despues de aquella época fatal, solo podria adivinarse el sitio que ocuparon sus altivas torres y templos, por los montones

en Tumbes, hallaron que la relacion de Candia, era mentira de principio á fin, salvo en lo tocante al templo: aunque el veterano confiesa, que lo que faltaba en Tumbes, quedó mas que com-

aun no habian visto entonces. "Lo cual fué mentira; porque despues que todos los Españoles entramos en ella, se vió por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que este era cosa de ver, aunque mucho mas de lo que aquel encareció,

de escombros que cubrían por todas partes el suelo.<sup>20</sup>

Los Españoles estaban para volverse locos de alegría, dice un antiguo escritor, al oír aquellas maravillosas descripciones de la ciudad peruana. Sus ensueños mas queridos iban á verse realizados, y habian llegado por fin á aquel reino imaginario que les habia deslumbrado tanto tiempo con su fingido esplendor. Pizarro manifestó su gratitud al cielo por haber coronado sus trabajos de un éxito tan feliz; pero se quejaba amargamente de la desgracia que, privándole de sus compañeros, le imposibilitaba de poderse aprovechar por entonces de su buena suerte. Mas á la verdad que no tenia motivo para quejarse; y no faltó quien viese en esta circunstancia una intervencion directa de la Providencia para impedir toda tentativa de conquista en tanto que estas fuesen prematuras. El Perú no estaba todavía dividido por las rivalidades de los pretendientes al trono, y unido y fuerte bajo el cetro de un monarca guerrero, se habria burlado de todas las fuerzas que Pizarro pudiera haber reunido. "Fué sin duda obra del cielo," exclama

lo que faltó en esta ciudad, se halló despues en otras que muchas leguas mas adelante se descubrieron." Relacion del Primer Descub., MS.

<sup>20</sup> Cieza de Leon que recorrió esta parte del pais en 1548,

habla de la vandálica inclinacion de los conquistadores á destruir los edificios antiguos, que ya estaban convertidos en escombros, á pesar de estar aun tan reciente la conquista. Crónica, cap. 67.

un devoto fraile, "que los naturales le recibiesen con tanto amor y benevolencia, como el medio mas propio para facilitar la conquista; porque la mano del Señor les trajo á esta distante region para que dilatasen su santa fé y aquellas almas se salvarsen."<sup>21</sup>

Recogidos ya todos los informes necesarios, y despues de despedirse de los de Tumbez prometiéndoles una pronta vuelta, levó Pizarro las áncoras y puso de nuevo la proa al Sur, sin apartarse nunca de la costa, á fin de que no pudiera escapársele ningun lugar de importancia. Asi dobló el cabo Blanco, y despues de navegar cosa de grado y medio, ganó el puesto de Payta. Los habitantes al saber su llegada, salieron en balsas á ver á los maravillosos extranjeros, trayendo consigo buena provision de frutas, pescados y verduras, y manifestando en todo la misma hospitalidad que sus paisanos de Tumbez.

Despues de detenerse allí algun tiempo y cambiar con los indígenas algunos objetos de poco valor, continuó Pizarro su derrota. Navegó cerca de cien millas á la vista de las arenosas llanuras de Sechura, dobló la punta de la Aguja y siguió corriendo la costa que se desvia hácia el Norte,

<sup>21</sup> "Y si les recibiesen con amor, hiciese su Mrd. lo que mas conveniente le pareciese al efecto de su conquista: porque tenia entendido, que el haverlos traído

Dios era para que su santa fé se dilatase y aquellas almas se salvarsen." Naharro, Relacion Sumaria, MS.

conducido siempre por brisas ligeras y algo inconstantes. Tornóse ahora contrario el tiempo, y los viajeros hubieron de resistir continuas ráfagas de viento que les alejaron de la tierra y les hicieron su juguete durante muchos días. Mas no perdieron de vista la magestuosa cordillera de los Andes, que conforme avanzaban veían prolongarse hacia al Sur, casi siempre á la misma distancia de la costa, sucediéndose una á otra las montañas con su blanco ropaje de nieve, á semejanza de las olas de un inmenso océano que se hubieran quedado heladas en medio de su furia. Con estas marcas á la vista no necesitaban los viajeros de estrellas ni de brújula que les guiasen.

Luego que hubo calmado algun tanto la tempestad, volvió Pizarro á acercarse al continente, y fué tocando diversos puntos de él. En todas partes le recibían con la misma hospitalidad y salían los Indios en sus balsas á saludarle, trayendo sus pequeños cargamentos de frutas y verduras, de las infinitas especies que produce con tal abundancia la tierra caliente. Todos ansiaban por conocer á los estrangeros, los "hijos del Sol" como ya comenzaban á llamar á los Españoles, por su color blanco, su brillante armadura y el trueno de que iban armados.<sup>22</sup> Habíanles precedido tambien los informes mas favorables de

<sup>22</sup> "Que resplandecian como el Sol por esto." Montesinos, Anales, MS., año 1528. Llamábanles hijos del Sol.

su humanidad y cortesía, cuyas noticias les habían ganado el corazón de los naturales inclinandoles á tratarlos con toda confianza y afabilidad. Aquellos feroces soldados no habían descubierto todavía el lado sombrío de su carácter, porque eran demasiado débiles. Aun no había sonado la hora de la conquista.

En todas partes recibía Pizarro las mismas noticias de un poderoso monarca que gobernaba aquella tierra, y tenía su corte en uno de los valles de las montañas interiores, donde vivía rodeado de oro y plata con todo el lujo de un sátrapa del Oriente. En los puntos de la costa donde tocaron los Españoles, excepto en Tumbez, apenas vieron algunas cortas cantidades de estos metales preciosos. Mas de un autor afirma, que no los codiciaban á lo menos que así lo manifestaban esteriormente, siguiendo las instrucciones de Pizarro. No quería este que descubriesen su sed de oro, y llegó hasta á rehusar los presentes que le ofrecían.<sup>23</sup> Es mas probable que no se presentaron á sus ojos grandes riquezas, sino en los adornos de los templos y otras casas religiosas, que por entonces no se atrevieron á violar.

<sup>23</sup> Quería Pizarro dar á entender á los Indios, dice el P. Naharro, que solo por su bien y no por buscar oro, había venido á sus lejanas tierras. "Sin haver querido recibir el oro, plata y perlas que les ofrecieron, á fin de que conociesen no era codicia, sino desseo de su bien el que les había traído de tan lejas tierras á las suyas." Relación Sumaria, MS.

No era de esperarse tampoco, que los ricos metales que se reservaban para los usos religiosos, y para las personas de alto rango, se hallasen con abundancia en las lejanas ciudades y aldeas de la costa.

Mas lo que hasta allí habian visto los Españoles, bastaba para probarles que no carecian de fundamento las relaciones de los Indios. Continuamente veian edificios de manposteria, advirtiendo en los mas de ellos grande habilidad en la construccion, ya que no elegancia en la forma. Donde quiera que echaban el ancla alcanzaban á ver, en medio de la general esterilidad de la tierra, pedazos de terreno cultivado, donde lucian las infinitas variedades de plantas que se crian entre los trópicos. Las acequias y canales que se cruzaban por todas partes como un laberinto, formaban un acertado sistema de regadío capaz de hacer florido un desierto. En varios lugares donde tomaron tierra, vieron el camino real de los Ineas que iba por la marina y se perdía muchas veces entre la movediza arena, donde era imposible encontrar asiento, hasta que llegando á un terreno mas firme se convertía en una ancha y sólida calzada. Semejante empeño en facilitar á tanta costa las comunicaciones interiores, era por sí solo una prueba no despreciable de civilizacion y de grandeza.

Continuando siempre Pizarro su navegacion

al Sur, pasó frente al lugar en que algunos años despues habia de fundar él mismo la floreciente cindad de Trujillo, y siguiendo adelante llegó á la altura del puerto de Santa. Estaba situado en las márgenes de un bello y caudaloso rio, pero el pais vecino era tan árido, que comunmente le escojian los Peruanos para sus sepulcros, porque hallaban aquel suelo muy favorable para la conservacion de sus momias. Tantas eran las guacas que allí habia, que aquel lugar merecia mas bien el nombre de morada de muertos, que de habitacion de vivos.<sup>24</sup>

Así que llegaron á este punto, á cosa de nueve grados de latitud meridional, los compañeros de Pizarro comenzaron á instarle para que no siguiese adelante. Lo hecho, decian ellos, era mas que suficiente para demostrar la existencia y determinar la verdadera posicion del grande imperio indio que por tanto tiempo habian buscado. Las fuerzas con que contaban no eran bastantes para poder aprovecharse de sus descubrimientos, y por lo tanto no quedaba otro partido que volver la proa é ir á dar cuenta al gobernador de Panamá del buen resultado de su

<sup>24</sup> "Lo que mas me admiró, quando passe por este valle, fue ver la muchedumbre que tienen de sepolturas: y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle: ay numero grande de apartados, hechos á su usança, todos cubiertas de huessos de muertos. De manera que lo que ay en este valle mas que ver, es las sepolturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos." Cieza de Leon, Crónica, cap. 70.

espedicion. Conoció Pizarro la justicia de su demanda y accedió á ella. Habia navegado en aquellos mares desconocidos nueve grados mas allá de los límites de las anteriores navegaciones; las nubes que oscurecieron por tanto tiempo su fortuna se habian disipado, y podia presentarse con la frente erguida ante sus compatriotas. Así fué que sin mas dilacion volvió la proa al norte y comenzó á deshacer su camino.

En su travesia tocó en diversos puntos donde ya habia estado anteriormente. En uno de ellos llamado por los Españoles Santa Cruz, le habia convidado á ir á tierra una India de calidad, y él le habia prometido visitarla á su vuelta. Apenas habia anclado el buque frente al pueblo donde ella residia, cuando vino á bordo con una numerosa comitiva. Pizarro la recibió con la mayor urbanidad y respeto, y al despedirse le hizo varios regalos de gran valor á los ojos de una princesa india. Instó mucho al gefe español y á sus compañeros para que pasasen á hacerle á ella una visita, comprometiéndose á enviar á bordo los rehenes necesarios para seguridad de los Españoles. Pizarro le aseguró, que la confianza que ella les habia manifestado hacia inútiles aquellas precauciones. Mas apesar de eso, tan luego como se desprendió el bote al día siguiente para ir á tierra, llegaron al buque algunos de los principales habitantes para ser recibidos en

rehenes mientras volvian los Españoles; prueba notable de delicadeza, y de respeto al natural recelo de sus huéspedes.

Hallóse Pizarro con que habian hecho grandes preparativos para recibirle, de un modo sencillo y lleno de hospitalidad, que no carecia de gusto. Tenian dispuesta una verde enramada, entretregida de flores y yerbas olorosas que embalsamaban el aire con sus perfumes, y un abundante banquete compuesto de los alimentos usados en el pais, y de frutas tan agradables á la vista como al paladar aunque los Españoles ignoraban su nombre y propiedades. Al banquete siguieron la música y la danza, ejecutada por una comparsa de mozos y de doncellas sencillamente vestidos, en cuya favorita diversion nacional desplegaron toda la gracia y soltura de que eran capaces los flexibles miembros de los Indios del Perú. Antes de partirse espuso Pizarro á la amable India y á su comitiva, los motivos que le habian traído á aquel pais; del mismo modo que ya lo habia hecho otras veces, concluyendo por presentarles el estandarte real de Castilla, que habia sacado á tierra, pidiéndoles que lo alzasen en señal de obediencia á su soberano. Así lo hicieron con mucha alegría, sin cesar de reir en el entretanto, dicen los cronistas, por lo que se echa de ver que tenian una idea muy imperfecta de lo serio de semejante ceremonia. Dióse por contento

Pizarro con semejantes muestras exteriores de fidelidad, y se volvió á su buque muy satisfecho de la buena acogida que le habian hecho. y acaso meditando el pagarla despues con la conquista y sujecion del pais.

No se olvidó el gefe español de hacer escala en Tumbes á su vuelta. Allí algunos de sus compañeros, atraidos por el agradable aspecto del lugar y la buena disposicion de sus moradores, se manifestaron deseosos de quedarse, discutiendo sin duda que era mejor vivir allí donde serian personajes de importancia, que ir á pasar una vida oscura á Panamá. Uno de ellos era Alonso de Molina, el mismo á quien sedujeron los atractivos de las beldades indias cuando saltó aquí á tierra la otra vez. Dióles licencia Pizarro, pareciéndole que no le vendria mal encontrar á su vuelta algunos de sus propios compañeros instruidos ya en el idioma y costumbres de los indígenas. Tomó ademas en su buque dos ó tres muchachos peruanos que le dieron, con el mismo fin de hacerlos instruir en el castellano. Uno de estos jóvenes, á quien los Españoles llamaron Felipillo, desempeñó despues un papel de alguna importancia en los acontecimientos posteriores.

Saliendo de Tumbes los aventureros, hicieron rumbo directo á Panamá sin tocar en otro punto mas que en la malhadada isla de la Gor-

gona para tomar á los dos compañeros que allí dejaron por demasiado enfermos para poder navegar. El uno habia muerto, y recojido el otro, Pizarro y su puñado de valientes compañeros, siguieron su viage, y despues de una ausencia, lo menos de diez y ocho meses, echaron felizmente el ancla en la bahía de Panamá.<sup>25</sup>

Gran sensacion causó allí su llegada, como era de suponerse. Pocos habia, aun entre sus mas fieles amigos, que no creyesen que habian pagado ya bien cara su temeridad, sepultados en las olas ó sucumbiendo al rigor del clima ó á los ataques de los naturales. En proporcion á sus temores fué grande su alegría cuando los vieron venir, no solo sanos y salvos, sino con noticias positivas de las encantadas regiones que por tanto tiempo se habian burlado de sus esfuerzos para alcanzarlas. Fué aquel sin duda un momento de inefable satisfaccion para los tres socios, que á pesar de la maledicencia, de la burla y de todos los obstáculos que la infidelidad de los amigos ó la indiferencia del gobierno podia oponerles, habian perseverado en su grande empresa hasta quedar establecida y averiguada la verdad de lo que todos tenian por una quimera. Es suerte comun de aquellos hombres superiores que conciben una idea demasiado

<sup>25</sup> Conq. i Pob. del Piru, Descub. y Conq., MS.—Herre-MS.—Montesinos, Anales, MS., ra, Hist. General., dec. 4, lib. 2, año 1523.—Naharro, Relacion cap. 6, 7.—Relacion del Primer Sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub., MS.